

LA ADOLESCENCIA GENERALIZADA

MARCELO RICARDO PEREIRA

Si bien es cierto que vivimos en tiempos de la violencia fría y la apatía indiferenciada, tal vez la causa resida –en parte– en la “nostalgia del padre” o en la imposibilidad de hacer el luto de ciertas ideologías que demarcaron nuestra entrada en la mística moderna, quitando lustre al blasón que ha hecho centellear el lema “Libertad, Igualdad y Fraternidad”. Esa sería una de las razones para estos tiempos melancólicos, que se caracterizan por la suspensión del deseo, por la apatía, por el transbordo del goce, que perfila sólo satisfacciones personales inmediatas y vacías. Muchas de las antiguas ilusiones han sido enterradas, y sin ellas desembocamos en el mundo del orden políticamente correcto, cuya ilusión suprema parece ser la ausencia de ilusiones. En su lugar, nos abandonamos al pseudo-consenso individualista y apolítico, en el que se emparejan todas las cosas, sin profundidad y densidad. La vida en las ciudades, propia de estos días, se caracteriza por dos fuerzas contradictorias: por un lado, el exceso de planificación, y métrica de la vida social, por otro el descontrol del espacio urbano y la pérdida de la noción de totalidad de las experiencias sociales. En ambos casos, las subjetividades son asfixiadas, pero tienden a reaparecer violentas, fragmentadas, en actitudes individualistas y falsamente libertarias. La masificación del estilo de vida y la valorización de lo inmediato contribuyen para transformar esas actitudes

en la cultura del espectáculo, en la inflación de narcisismo, pero no en la lucha política.

En este escenario - y el término no es sin razón - es que nuestros jóvenes constituyen sus subjetividades. Se trata de un escenario polifónico, contradictorio e inestable en lo que, por medio de las "tribus" urbanas y los ídolos de moda, esa juventud ejercita las relaciones, crea códigos de comunicación y actitud. Sin embargo, nos alerta Oliveira (SD), al igualarse a sus pares para diferenciarse de los demás, cada joven depara con imágenes ilusorias que pueden favorecer comportamientos de riesgo e intensificación de las diferencias sociales. En la medida en que los espacios públicos se tornan arriesgados y amenazadores, es común a los jóvenes refugiarse y someterse a la tiranía de las tribus. Al mismo tiempo, se asocian fácilmente al "discurso del capitalista" (Lacan, 1972), que no promueve el lazo social en sí, sino que por lo contrario, a través de una relación desconectable en cualquier momento, promueve la ilusión de plenitud, ofreciendo a los sujetos, los objetos de consumo cortos, rápidos y desechables. El joven urbano se ve entonces entre el imperativo macro-físico del capital y el imperativo micro-físico de su tribu, que a su vez, utiliza el capital para fijarlo a su tiranía. Eso es porque el discurso del capitalista produce la segregación. La única manera de que nuestra sociedad trate las diferencias es a través de la segregación, determinada por quien "tiene" o no acceso a los productos tecnológicos que la ciencia produce.

En este sentido, los jóvenes – como cualquiera de nosotros – viven y son educados para una sociedad que los "objetaliza" (hace objetos). Ella los induce al individualismo consumista, a los *gadgets* o a los objetos de goce que obedecen a

un imperativo del "tener" para no ser segregados, apartados o dejados de lado. Por la inmensa dificultad de acceder al "tener" de una sociedad excluyente, esos jóvenes "tribalizados" producen nuevos modos de síntoma y nuevos males que requieren nuevos conocimientos y nuevos objetos producidos por la tecnología capitalista. Tales jóvenes son en el Brasil fácilmente rotulados, entre tantos nombres, de los Punks, Funks, Hippies, Hip-hops, Emos, Clubbers, Góticos, Skaters, Skinheads, junto con los de grupos religiosos, sociales y políticos, igualmente sectarios. Esas tribus, sobretodo urbanas, no dejan de expresar en público su descompás con la moral adulta-racional-padrón y el orden del capital, pero no dejan también de emplear el mismo dispositivo que se utiliza en este orden: la segregación. Es común que funcionen como células autónomas, de carácter fundamentalista, ejerciendo la intolerancia y exclusión (Pereira, 2006).

La juventud de hoy, que deja en claro su demarcación como diferente del adulto-racional-padrón, y lo incómodo que vive, parece a veces transitar ora como diferente-sublime, ora como diferente-basura, esto es, ora como diferente-idealista, ora como diferente-deyección. Por regla general, ella expresa muy bien eso: cinismo, escarnio, indisciplina, mala conducta, violencia, hiper-sexualidad, lado del idealismo, marcas en el cuerpo, timidez o depresión. Mediante la arbitrariedad de los adultos en querer normalizar todo, la juventud no se deja subyugar fácilmente. Si la moral adulta puede someter al niño con menos obstáculos, en el joven ella conocerá más visiblemente el hueso de la resistencia. El mundo es escarnecido por el que no ve en las viejas fórmulas de los adultos una salida para los impases de su propia existencia. Entonces, se ha tornado moneda corriente que los grandes no sólo sean desautorizados solamente por los

pequeños, sino ante todo y radicalmente por los jóvenes. Ellos todavía tienen a favor de sí - no como ventaja, pero como delantera – los transbordos del mundo contemporáneo: dominio tecnológico, hiperconsumo, sectarismo grupal, voyeurismo de las imágenes, sobrevaloración de la intimidad, recursos profanos o, en otras palabras, las formas de goce menos reprimidas.

Otra cuestión crucial es la aparición de una sociedad aceleradamente tecnológica, que es en gran parte dominada por los jóvenes, pero no tanto por los adultos que los guían - incluyendo a los maestros. Esos adultos, en general, no fueron formados para tal sociedad. Su experiencia como niños y adolescentes que fueron, no es la misma que la de las nuevas generaciones están vivenciando. La "modernidad tardía" nos trajo desconcertantes cambios de actitud, fragmentó nuestros hábitos y valores, y se convirtió en una ruptura abisal contra toda y cualquier condición precedente. Ya sea una sociedad más compleja y más evolucionada técnicamente, exige cada vez más un período mayor para que sus sujetos puedan adquirir los conocimientos necesarios para en ella participar. Por otro lado, la tecnología no es accesible a todos. Esta ambigüedad es vivida por los jóvenes de forma poco apaciguada. Hay rebeldía, cinismo, violencia, vocabulario soez, que se refleja en la sociedad en general: en la escuela, en la familia, en el barrio, en los sitios virtuales, etc.

Si en la tribuna de esa sociedad tenemos de un lado a los jóvenes, del otro tenemos a los padres, educadores y especialistas; es imposible no darse cuenta de lo cuanto no esconden sus quejas, frustraciones e inhabilidades para lidiar con ese choque generacional. Por mucho que se pueda admitir que "el adolescente que no se rebela es un enfermo", las quejas señalan como es difícil lidiar con los

varios nombres y formas de esa rebeldía. Por una parte, los jóvenes ya se sienten en condiciones de enseñar algo a alguien; son idealistas, quieren cambiar el mundo de los mayores, ya no se reconocen a sí mismos como los niños. Por otra parte, se resienten al vacío de esa imposibilidad. Son, por tanto, receptáculo de un mundo que les imputa el dolor de aún no ser suficientemente autónomos para gestionar sus propios destinos, ni de querer siempre estar a merced del goce imperativo del otro adulto que le dice: "es hora de que Usted sea alguna cosa".

He aquí un dilema. Frases como esta parecen corroer el alma. Si en general el joven-sujeto ha tenido la ilusión de ser algo para alguien cuando era un niño, al crecer esa ilusión, no le acompaña. Esto es, si el niño fue idealizado, cuidado y deseado por el deseo de los padres o de quien los sustituye – que es una ilusión – día tras día los jóvenes parecen *tener que ser* alguna cosa para alguien. A los ojos de un adulto, debe ser más autónomo, ser más estudioso, ser más comprometido, ser amable, ser cortés en saludar a la gente, dormir menos, conseguir más dinero, quedar menos horas en la computadora y menos tiempo en la calle sin hacer nada, en fin, él debe ocuparse de sí. Presionado para tener autonomía, y si bien o mal consigue alguna, vive recelando perderla, ya que no es un adulto. Ergo cuando un adulto le dice que "es hora de que Usted sea alguna cosa", en otras palabras, es hora de que Usted sea algo deseable para que mi deseo lo desee, surge entonces una tensión a menudo insoportable para el adolescente. Tal vez venga de eso su identificación con el diferente-deyección. Es fijado en el lugar de deyección que responde a la inadecuación que el grande le atribuye a través de la tribalización – cuando no a través de la toxicomanía, hiper-

sexualidad, marcas en el cuerpo, cinismo, déficit de atención, enfermedad mental e, incluso, el suicidio.

Tal vez no sea absurdo pensar que muchas de esas respuestas son provocaciones direccionadas al otro adulto, no sólo con la finalidad de escarnecerlo o de insultarlo, sino con el fin de “paralizarlo”, de no hacerlo avanzar más; mediante la incapacidad del adolescente de tener alguna respuesta sobre su dilema de *ser algo* deseable para alguien. El otro precisa ser estancado, paralizado, impedido. Los efectos del grupo les garantizan algún éxito en ese esfuerzo. Hay un isomorfismo grupal que hace a cada joven parecerse en las actitudes, los gestos, la ropa, los gustos con sus pares. Los chicos de la cuadra, las comunidades de Orkut, MSN y blogs en la Web, los videojuegos, la compulsión consumista, los bailes de la periferia, nos dan evidencias de cómo los jóvenes se van encuadrando en un padrón prescripto, en lo que se mezclan las diferencias – al punto de solo haber igualdad no política, pero del comportamiento.

Sin embargo, por más que existan los dilemas juveniles en la actualidad, el mundo de los excesos hiper-individuales parece estar moldeado para ellos. Vivimos en tiempos de la adolescencia generalizada. Un chico de siete años de edad quiere vestirse y comportarse como un adolescente de quince. Un adulto de cuarenta quiere vestirse y comportarse como un adolescente de dieciocho años. El hecho es que hay una "adolescencización" prevaleciente en la cultura de las sociedades occidentales. Todo el mundo quiere sentirse, exponerse y actuar como un adolescente. Los padres y madres bailan rock, funk y aché (Bahia), como sus hijos, van a gimnasios y clubes de jóvenes en sus compañías, quieren ser confundidos con ellos. El problema es que el adulto *teen* deja al adolescente libre,

tanto como él mismo gustaría de serlo. Las reglas parecen ser establecidas por los propios adolescentes, ya que la experiencia, la memoria, y la ley, propias de la moral adulta, son puestas de lado por el adulto adolescentizado.

La devaluación de eso vacía el sentido de la vida, porque son ellas, dice el psicoanálisis, que producen consistencia subjetiva. Descartando el pasado en nombre de la juventud eterna, se establece un vacío difícil de sostener, tan difícil al punto de que los jóvenes tengan que producir respuestas que intentan paralizar al otro adulto, y a su voluntad voraz de no admitir la diferencia. Cuando por ejemplo un padre hace comentarios cómplices al hijo acerca de sexo y drogas, o cuando adopta una actitud rebelde mediante un conflicto escolar, la misma actitud que se puede esperar de su hijo; no hay duda de que el lugar del adulto se ha tornado vacío, mientras el adolescente perdió el suyo.

Pero nos engañaremos en creer que el adulto sólo desea la perennidad de su condición juvenil, la belleza eterna o la repetición del acto narcisista de Dorian Gray. Al adolescentizarse, el adulto promueve una supresión radical de la diferencia, al punto de ya no permitir que el adolescente se vea como tal. Hay una especie de sustracción de la condición juvenil del adolescente, que se ve entregado al consumo banal o a la mecanización cotidiana de sus actitudes, sin que ello refleje algo de su fuerza inventiva o subversiva. Engullido por el adulto-racional-padrón, esta fuerza pierde su vigor y pasa a ser tratada como un capricho juvenil, mimo o cosa infantil.

Las respuestas juveniles al orden adulto, como las marcas en el cuerpo, drogadicción, erotización extremada, exceso de Internet, escarnio de la autoridad y provocación de lenguaje son muchas veces formas sintomáticas del lidiar con lo

real, con el “bache” o el “agujero” de no ser algo para alguien – este obstáculo irreducible. Pero: ¿será que esas respuestas subversivas no dejan de ser maneras inventivas de que los jóvenes se posicionen en el mundo? Tenemos que crear lugares y situaciones para ayudar a los jóvenes a traducir en palabras lo que sólo puede decirse a través de la subversión y del síntoma; algo que a veces les lleva a lo peor.

Instituciones como la escuela pueden revisar su posición sobre eso. Es fundamental que la subversión sea acogida, puesta en escena, operada y elaborada para que así se produzca el lazo social. Pero también es necesario considerar que la subversión por sí misma no basta. Ella tiene que ser asociada a la palabra, su inventiva debe tener sustentación simbólica, esto es tener lazo con la cultura. Los profesores, por ejemplo, al acogerse al cinismo desdeñoso de algunos alumnos, deben hacerles cambiar el cinismo por la queja que los motiva, y la queja en el manifiesto o en la producción que congregue a la gente en torno a una causa. Tal vez eso pueda politizar el acto subversivo, colectivizar conductas en lugar de individualizarlas – hecho fundamental en tiempos de individualismo apolítico y exceso de goce.

En estos momentos de pura volatilidad, el adulto debe permitir que la palabra sea salvaguardada para que se preserve la experiencia, la memoria y la ley. Es la palabra que las reactualiza, que conserva sus referencias, que ofrece protección imaginaria para construir códigos y diseñar un horizonte simbólico de representaciones. Eso puede bien retirar el carácter de la parodia que el saber débil de los padres y maestros ha asumido en los últimos tiempos y los ha emparejado al adulto adolescentizado, que no sabe sustentar el lugar de la ley.

Sin embargo, eso no significa que los adultos del pasado, antes de ese frenesí juvenil de la post-revolución sexual, hubieran sabido cómo los adolescentes deberían enfrentar la vida. Realmente no lo sabían, pero pensaban que sabían, y eso ya era suficiente para construir el código de referencia, aunque fuese para ser desobedecido.

El lugar de adultos que actualmente se mantiene en suspensión tal vez merezca ser recuperado: lugar de la experiencia puesta en palabras. Es probable que si el adulto se comporta como tal, eso es, como autoridad política, sin renunciamiento a la responsabilidad de su condición, proporcionará quizás al joven de más oportunidad para recolocarse en el mundo como un ser lleno de promesa. Sus elecciones, subversiones y diferencias podrán ser acogidas. Para eso, tendrán códigos de referencia proporcionados por esa autoridad que actualiza la ley. El adulto no es la ley, pero es aquel que a través de sí, su palabra y memoria, nos recuerda que ella está ahí para humanizarnos. Esa no es la tiranía, sino antes, elección. Y si hay elección, hay posibilidad de novedad, de diferencia y de palabra – esa que las nombra. ¿Qué queremos nosotros para nuestros jóvenes, después de todo, sino verlos a través de sus elecciones se ejercitaren como seres plenos de deseo, seres plenos de promesa?

Referencias

- Arendt, H. (2002). *Entre el pasado y el futuro* (5ª ed.). São Paulo: Perspectiva.
- Brasil. (2004). *Estatuto del niño y del adolescente*. Ley n° 8069/1990. Comanda (3ª ed.). Disponible en <http://www.presidencia.gov.br>
- Cahn, R. (1999). *El adolescente en el Psicoanálisis*. Rio de Janeiro: Cia de Freud.
- Foucault, M. (1985). *Historia de la sexualidad III: El cuidado de sí*. Rio de Janeiro: Graal.
- Freud, S. (1980). Contribuciones para una discusión acerca del suicidio. En *Edição Standart Brasileira das Obras Completas* (vol. 11). Rio de Janeiro: Imago, (original de 1910).
- Freud, S. (1980). *El yo y el eso*. En *Edição Standart Brasileira das Obras Completas* (vol. XIV). Rio de Janeiro: Imago (original de 1923).
- Freud, S. (1980). Malestar en la civilización. En *Edição Standart Brasileira das Obras Completas* (vol. XXI). Rio de Janeiro: Imago (original de 1930).
- Kehl, M.R. (2004). La juventud como síntoma de la cultura. En Novaes, R. & Vannuchi, P. (orgs.). *Juventud y sociedad*. São Paulo: Perseu Abramo.
- Lacan, J. (1968). Alocución sobre las psicosis del niño. En *Otros escritos*. Rio de Janeiro: Zahar, 2003 (original de 1968).
- Lacan, J. (1992). *El seminario. Libro 17: El avieso del psicoanálisis*. Rio de Janeiro: Zahar (original de 1969-70).
- Lacan, J. (1972). Le savoir du psychanalyste, aula de 06/01. Publicación interna de la Association Freudienne internationale.
- Lacadée, P. (2007). *El riesgo de la adolescencia* (inédito, trad. B. Carvalho).
- Laurent, E. (2007). *La sociedad del síntoma*. Rio de Janeiro: Contra Capa.

Maffesoli, M. (1998). *El tiempo de las tribus*. Forense Universitária.

Melman, C. et al. (2000). *El adolescente y la modernidad*. Rio de Janeiro: Cia de Freud.

Oliveira, M.C. (sin fecha). Vínculos imaginários. En *Mente & cérebro Especial: É*
El mirar adolescente. São Paulo: Duetto nº2

Pereira, M.R. (2006). Isso não é próprio de uma mocinha ou o horror ao feminino.
In Figueiredo, A. (org.). *Professor, profissão em 3 tempos*. Ouro Preto: UFOP,
2006.

Pereira, M. R. (2008). *La impostura del maestro*. Belo Horizonte: Argvmentvm Ed.

Vorcaro, A. (1997). *El niño en la clínica psicoanalítica*. Rio de Janeiro: Cia de Freud.